

DAVID ANISI

Creencias desechables

COMPRO el paquete de pañuelos de papel que le ofrecían en la parada del semáforo. Hace unos años hubiera pensado que donde tenía que estar ese chico era en el colegio y no tratando de vender cosas por la calle. Pero ahora estaba acostumbrado a esa escena cotidiana y empezaba a creer que no era malo que intentaran buscarse la vida de una u otra forma con tal de que no hicieran daño a nadie. Antes creía en muchas cosas, pero ahora... Abrió el paquete, utilizó uno de los pañuelos y lo arrojó por la ventanilla mientras decía que votaría a los verdes. Allí, envueltas en papel y arrugadas, quedaron sus creencias desechables, pisoteadas por las ruedas de los coches y deshaciéndose en el agua sucia de la lluvia sobre el asfalto.

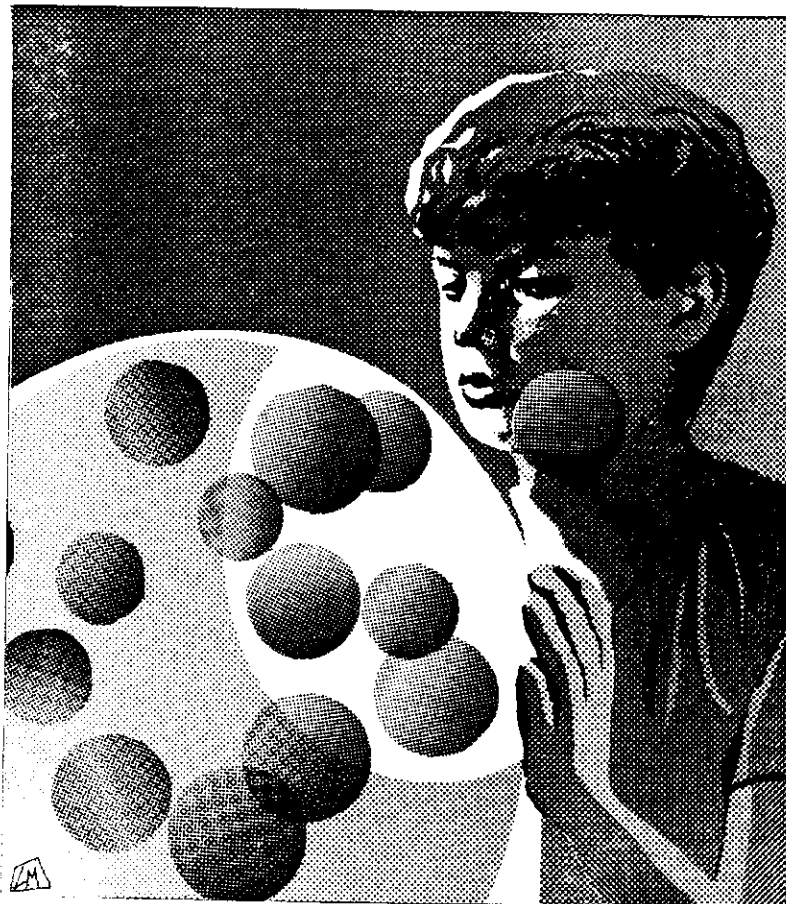
Ella y ellos

Hubo una vez, en otro mundo, una ciudad cuyos habitantes tenían unas creencias sólidamente establecidas. Había dos tipos de trabajo: en el primero, al que denominaban *de mercado*, la gente cedía su tiempo a cambio de un salario y con el compraba cosas; en el segundo, al que denominaban *doméstico*, utilizaban el tiempo, bien para producir ellos mismos algunas cosas, bien para transformarlas —tanto las producidas como las compradas— en algo que podía ser finalmente consumido.

En la Constitución de la ciudad se podía leer: "Todos los seres humanos nacen y permanecen iguales". Pero no era cierto: los había pobres y ricos, gordos y delgados, altos y bajos, feos y guapos... hombres y mujeres. Y esta última división parecía que surgía desde el propio momento del nacimiento. Bastaba, según decían, con que alguien con los conocimientos necesarios echara un vistazo a la parte inferior del cuerpo de los recién nacidos para que estos quedaran catalogados para siempre —con algunas excepciones que dieron mucho que hablar— como El o como Ella. Y además el nacimiento resultaba importante no solamente por ser el momento en el que el nuevo ser quedaba permanentemente clasificado en una o en otra de las categorías, sino porque el propio acto de hacer nacer era el responsable de esta división. A aquellas gentes les gustaba de vez en cuando abrazarse desnudos los unos a los otros para hacerse coquillas, y sólo era tras un abrazo El-Ella o Ella-El cuando, al cabo del tiempo, siempre Ella y nunca El, empezaba a producir en su interior una larva de ser humano.

Las sólidas creencias

Había al menos siete teorías coherentes para explicar el hecho. Pero el hecho era único: las mujeres realizaban el trabajo doméstico y los hombres se dedicaban al trabajo de mercado. Y como así eran las cosas así debían serlo. La mujer era la *reina* del hogar y el hombre quien se ganaba la vida fuera. Ellos eran los valientes guerreros y ellas su descanso, ellos los responsables del sustento y ellas de la reproducción de la especie... Y sobre estas tonterías se fueron construyendo las sólidas creencias positivas: el era fuerte, audaz, valiente, trabajador, duro, preocupado, constante; ella era



suave, pudorosa, firme, laboriosa, cariñosa, atenta, fiel; y también las sólidas creencias negativas. El era inteligente, activo sexual, conocedor, dinámico; ella era simple, receptora sexual, ignorante, pasiva.

Trabajaban, nacían, vivían y morían en la alegría y en el dolor en aquella pequeña ciudad alegre y confiada. Sólo aquel solitario que apartado en una cueva, y que tras haberse cerciorado por medio de los grandes ortodoxos de que Dios no tenía sexo comenzaba sus oraciones, para molestar, con un "Madre nuestra que estás en los Cielos...", parecía percatarse un poco de la gran tontería que estaban viviendo. Pero pronto pasó lo que tenía que pasar.

La gran máquina

Hubo un día que los que allí decidían se enteraron de que había una forma nueva de producir las cosas habituales. Les habían llegado los planos de una gran máquina que casi solita podía surtirles de todo lo necesario. Y empezaron a pensar como se podía construir. Hacerla no sería nada complicado, pero si laborioso y lento. Necesitaban gente que estuviera dispuesta a trabajar y eso no era nada sencillo. Cada uno de los individuos de la ciudad creía que su forma de vida era como debía ser y no deseaban nada más. Desde luego que para construir la gran máquina se podía traer a gente de fuera, pero de ellos se decía que oían mal, eran desagradables —en el fondo es que eran pobres— y conflictivos, con lo que se desestimó la idea. Había

que sugerir a los propios ciudadanos que deberían trabajar más en el mercado, pero así conseguir más cosas, pero también esto tenía sus complicaciones. En principio tampoco deseaban más cosas y, además, todo el que suponía que debiera estar trabajando en el mercado lo estaba haciendo ya.

Quedaban las mujeres con su trabajo doméstico, y por ahí fue donde se concretó la brillante idea. Ellas podían construir la gran máquina o sustituir a los hombres que dejaran su trabajo habitual para hacerla, y para ello lo único necesario era fabricar unos cuantos cachivaches. El círculo se cerraba de forma perfecta: las mujeres dejarían sus tareas domésticas para trabajar en el mercado y a cambio de eso podrían adquirir las lavadoras, aspiradoras, frigoríficos, cocinas y comidas rápidas necesarias para tener el tiempo suficiente de poder trabajar y así adquirirlas. Con ello y con la difusión de un método anticonceptivo eficaz que relegaba a la voluntariedad el hecho del embarazo, el problema estaba resuelto. Resultó perfecto.

La cara y la cruz

Todos pensaron que era bueno y oficialmente se denominó a esa etapa *desarrollo económico*. Al fin, ellas fueron libres, independientes, dinámicas, emprendedoras... y el solitario de la cueva se sintió un poco más solo y un poco más sabio. Los años en los que se construía la gran máquina configuraron un periodo de libertad. Ahora se creía en otras cosas

nueva situación. Cuando le contaron al solitario de la cueva que ellas ahora no sabían si deberían ser promiscuas o monogamas, frívolas o sensatas, libres o dependientes, madres o cortesanas, queridas o esposas, se sintió más sólo que nunca. Luego, cuando supo que algunos de los poderosos empezaban a pensar en construir otra gran máquina, comenzó a reírse.

Cúbicos y esféricos

He llegado a casa y me he encontrado al pequeño enajenado con el que vivo apoyando su cabecita sobre una garrafa de cristal llena de un agua azulada. "No hables alto —me dice— estoy escuchándoles". "¿A quiénes?" le interrogo. "Bueno, creo que vosotros los llamáis moléculas", me dice muy sercicito y digno. "¿Y qué es lo que cuentan?", pregunto animado. "Es muy interesante —me contesta—, están explicándose por qué entre todos han adoptado la forma esférica. Hay unos que dicen que lo esférico es la esencia de la creación y que esa forma pertenece al orden natural de las cosas, otros lo derivan de la lógica de los números y la música, y hay uno muy divertido que con muchas matemáticas y cosas así trata de demostrarles que de la interacción absolutamente libre de unos individuos libérrimos se alcanza libremente la suprema libertad de la esfera...". "Debe ser un microeconomista", le interrumpo. "¿Lo dices porque es muy pequeñito?" me pregunta sinceramente. "Entre otras cosas", le contesto eludiendo la explicación mientras desaparezco en busca de cervezas.

Al volver le he encontrado cotilleando de nuevo, pero ahora con su orejita puesta sobre una frasca de cristal. "¿Hay novedades?", inquiero. "Pocas —me dice con esa expresión que indica en él la pronta llegada del aburrimiento—, al principio, cuando los cambié de recipiente hubo una gran conmoción y todos se agitaron. Pero parece que se olvidaron enseguida. Ahora es la arista el signo de la verdad y en los ángulos se encuentra la base del conocimiento". "Y el microeconomista —le pregunto curioso e incrédulo—, ¿qué dice ahora?" "Bueno, pues lo mismo de la libertad y eso, pero ahora ha demostrado con muchos cálculos que todo conduce a la perfección de lo cúbico", me explica mientras contiene un bostezo. "Y por qué no les dejas en paz de una vez", le sugiero. "Bueno —acepta—, pero también con vosotros juegan cambiándoos de vasija de vez en cuando, ¿no?" "Claro que juegan —reflexiono y asiento— y me gustaría mucho saber quién es el que lo hace, ¿tu lo sabes?" Pero ya no me escucha, se ha subido a su rama y desde allí suave, triste, bonito y solidario, canta con Silvio Rodríguez: "En mi sábana blanca vertieron hollín, han echado basura en mi verde jardín, si capturo al culpable de tanto desastre lo va a lamentar..."

David Anisi es profesor de Teoría Económica en la Universidad Autónoma de Madrid y autor de *La macroeconomía postkeynesiana y Trabajar sin red*